

El diablo en el imaginario de los pacoreños durante la primera mitad del siglo XX*

Alberto Isaza Gil**

Cuando la libertad se libera se encadena el demonio. Y cuando el demonio anda suelto es porque las conciencias están amarradas (...).

A veces el demonio sacude las cadenas y surge la pregunta inquietante: ¿hasta cuándo resistirán? (Gómez Valderrama, 1993, p. 60)

Resumen

En este artículo se plantea un acercamiento al imaginario mental colectivo de los pacoreños nacidos en la primera mitad del siglo XX alrededor de la figura del diablo. A través de este personaje que se constituye en un efectivo dispositivo de control social, se devela la manera en que cada grupo social, cada cultura, con el propósito de adaptarse a su tiempo, está en capacidad de diseñar sus propios mecanismos de autorregulación y representación de la realidad, a partir de sus propias dotes y su propio utillaje mental.

Se parte de entender al demonio como un sistema de fe colectivo arraigado en las conciencias, activado a partir de una serie de incertidumbres otológicas y necesidades sociales. Por medio del caso específico de Pácora es posible encontrar una apelación a la figura del diablo como una paradójica necesidad de salvaguardia de los valores cristianos, la cual ha ido degradándose de acuerdo a las necesidades históricas.

Palabras Claves: Diablo, Iglesia católica; Imaginario colectivo; Cultura Paisa; Primera mitad del siglo XX; Historia de larga duración.

Abstract

This article establishes an approach to the mental collective imaginary of the “pacoreños” (or people from Pácora) born in the first half of the XX century around the figure of the devil and through this character constitute it self. It unveils the way in which each social group.

Each culture with the purpose of adaptation to their time, is capable of designing its own mechanisms of self regulation and represent reality (through) their own talents and their own mental tools.

* Artículo tipo 2: de reflexión, según clasificación de COLCIENCIAS. Hace parte de la tesis, “*El diablo está encadenado*”, investigación realizada para obtener el título de Licenciado en Historia en la Universidad del Valle.

** Licenciado en Historia de la Universidad del Valle. Estudiante del pregrado de Comunicación Social de la misma universidad. albertoisazagil@gmail.com

It starts by understanding the demon as a system of collective faith deeply rooted in the conscientiousness, activated from a succession of otological uncertainties and social needs.

By the specific case of Pácora is possible to find an especial to the figure of the devil as a paradoxical necessity of safeguard of Christian values, which have been degrading according to historical necessities.

Key Words: devil; Catholic Church; collective imaginary; paisa culture, first half of XX century; long lasting story.

(...)Una señora que tenía una hija ¿cierto? Y le metía mentiras mucho a la mamá: que iba para misa y mentiras que no iba. Entonces una vez le dijo que se arreglaran para que se fueran para misa juntas, entonces ella le dijo que bueno, pero entonces le dijo: “váyase adelante usted que yo ahora voy”, y echó a la mamá adelante que se fuera pa’lla ... y ella se puso a arreglarse y nada; pero era para no ir... como ya había pensado no ir a misa, sino metiéndole mentiras a la mamá, entonces la mamá la llamó, que por qué se estaba demorando tanto: “no, ya voy, espere un momentito”. Y nada, y ella péinese y entre más se peinaba más se enredaba el pelo y que nada y que nada. Entonces cuando... allí cerquita de la casa había un aguacate... la llamaron entonces... “Petiza”, se llamaba la muchacha... “Petiza”, entonces dijo: “Ay, quién es...” Y entonces que le contestó una voz por allá: “Soy el diablo que vengo por vos”. Y que ahí mismo arrancó con casa y todo... y se la llevó a ella y la casa la tumbó. Y como dejó a la mamá esperando, ¿cierto? le metió mentiras que ya iba y nada (Gómez Valderrama, 1993, p. 60).

Relatos como éste, narrado por Mariela Loaiza Loaiza, una pacoreña nacida en 1943, son posibles de ser escuchados en boca de la mayoría de sus paisanos pertenecientes a su misma generación, aquella que nació en Pácora durante la primera mitad del siglo XX, para la cual las apariciones diabólicas constituyeron en un evento cotidiano y predecible. Esta tradición se vuelve sintomática para comprender una serie de elementos sociales e históricos que dan cuenta de la manera en que cada grupo social, cada cultura, en busca de, como diría Lucien Febvre (1959; pp. 1-2), adaptarse a su tiempo, está en capacidad de diseñar sus propios mecanismos de autorregulación y representación de la realidad, a partir de sus propias dotes y su propio utillaje mental.

Pácora es un municipio localizado al noroccidente del departamento de Caldas, sobre región la montañosa correspondiente a la Cordillera Central. Su perímetro total es de 262.2 Km² y cuenta con una cantidad aproximada de 15.000 habitantes, calculada para el 2005. Este pequeño municipio paisa sostiene una historia costumbrista y fervorosa que ha moldeado un imaginario singular, que entre otras cosas les permitió a sus pobladores nacidos en la primera mitad del siglo XX, ‘ver’ o escuchar hablar con cierta regularidad de la aparición del diablo entre ellos.

El diablo hace parte de un tipo de imaginarios cuyas manifestaciones emergen desde un fondo emocional y actúan como una fuerza operante en una sociedad determinada; pero no todas las comunidades están dotadas de los instrumentos espirituales o mentales propios para que el diablo pueda hacer su aparición entre ellas. Pácora sí. En este caso estamos frente a una serie de

particularidades socio-históricas que permiten que este personaje esté en condiciones de aferrarse al imaginario social y perviva con éxito al interior de esta comunidad, en tanto que en otros grupos sociales pueda aparecer como un personaje casi desconocido.

En principio es necesario poner de manifiesto que Pácora, al igual que el resto del departamento, se constituyó fundamentalmente a partir del histórico proceso conocido como la colonización antioqueña, enmarcado entre los años 1780 y 1900. Esta región hereda así la tradición de un prototipo de colombiano en particular: el paisa con todas sus costumbres, folclor, hábitos, religiosidad, cosmovisiones y dinámicas de vida cotidianas. Valga recalcar el carácter profunda y homogéneamente católico del paisa que hizo que reprodujeran en sus conciencias aspectos tan característicos de su espiritualidad y su vida diaria como la camándula, la devoción a la Virgen del Carmen, el escapulario, y en general, toda aquella fuerte tradición religiosa que había heredado de la colonia, entre los que aparece aquel otro elemento en apariencia contradictorio, pero paradójicamente complementario al credo cristiano: el diablo.

En Pácora, donde la iglesia católica se había entronizado con gran éxito, el diablo se encontraba fuertemente arraigado, como aquel personaje siniestro y castigador que había predicado la iglesia católica como lastre medieval. La iglesia es para los pacoreños, y para el paisa en general, un punto de referencia social muy importante, el cual no puede perderse de vista, aún menos considerando el carácter de una comunidad como ésta: pequeña y cerrada, la cual está presta a sancionar cualquier anomalía que atente en contra del sistema de valores religiosos morales y sociales.

Los ejemplos¹ y el diablo en Pácora

Los ejemplos alrededor del diablo son historias que superan la anécdota pintoresca para poner en evidencia el clima psicológico, de un pueblo. Permiten redescubrir todo un sistema social de fe, de manera que lo que a simple vista podría parecer un relato anodino, cobra un sentido que da cuenta de elementos fundamentales para la sociedad que trascienden la simple dimensión folclórica.

Es a través de los relatos populares que se explica cómo el diablo, que a los oídos de las nuevas generaciones de pacoreños nacidas durante las últimas décadas del siglo XX, se presentara como un ser ajeno, desconocido, ausente, cuando más, etéreo, fuera para sus coterráneos, nacidos durante la primera mitad de la misma centuria, un acompañante cotidiano de sus vidas. Para entonces, la creencia en la acción del diablo sobre la vida de los mortales constituía un sistema de fe colectivo que se sostenía vivo y con gran popularidad, sustancialmente a través de una serie de ejemplos que hicieron que para aquel momento, la opinión común concibiera al diablo, no bajo el principio de idea trascendental y supramundana o con el estatuto de un simple

¹ El ejemplo o ejemplario es un género didáctico-literario cuyos orígenes se reconocen principalmente en la Edad Media. Proviene de la palabra latina ejemplo y consta, en esencia, de una serie de relatos cuyo propósito es ilustrar a la comunidad a cerca de actos ejemplares, que poseían un objetivo moralizante. Los ejemplos son narraciones que podían ser anécdotas, fábulas o leyendas en los cuales, entre otras cosas, se reconoce una clara tendencia a la exageración.

embuste, sino que muy por el contrario, constituyera una realidad palpable y vívida.

La creencia en la intervención del diablo se amparó sobre los numerosos ejemplos, los cuales se repetían y viajaban de persona en persona, dejando huellas indelebles en las mentes. Los ejemplos se convirtieron rápidamente en lugar común, o mejor, en artículo de fe, en relatos prestigiosos que lograron gran éxito popular y se hicieron dignos de toda credibilidad. Conmovieron y movilizaron a las multitudes; impresionaron agudamente las imaginaciones y fue así cómo el diablo pudo sostener triunfante su existencia ante los ojos de todos.

Los ejemplos son una rara mezcla de lo sobrenatural y lo cotidiano que revelan un gran temperamento imaginativo. Este tipo de relatos orales impresionaban y seducían por su grandilocuencia y su tono extraordinario. En algunos casos son referidos por los supuestos protagonistas, quienes presentan sus experiencias de primera mano; en otros, la mayoría de ellos, se trata de historias que han pasado confusamente de boca en boca, a manera de tradición oral, a veces de rumor, trayendo a cuenta escenas siniestras que hacían que las personas, preocupadas por el demonio, no pudieran pasar desapercibidos ante espectáculos tan 'patentes' y tan cotidianos que constituyeron las apariciones.

Los ejemplos fueron prolíficos, se propagaron con facilidad, se repitieron y terminaron formando parte de un sistema de fe colectivo que volvieron inevitable la fama del demonio entre la gente. Se conjugaron y se complementaron unos con otros para demostrar que su naturaleza no obedecía a una simple anomalía social aislada, sino que estaba poniendo de manifiesto las tendencias generales de la conciencia colectiva relacionadas con unas condiciones concretas de concebir y darle orden a la sociedad. Los ejemplos no fueron relatos excepcionales de momentos o prodigios del azar; se está en presencia de un conjunto sistemático y regular de historias ocurridas en diferentes lugares, a diferentes personas, con diferentes testigos, que relatan sucesos particulares con dos protagonistas esenciales: un infractor y el diablo. A través de ellos es posible captar la fuerza de la devoción de los espíritus, de un grupo social evidente y sinceramente creyente, que necesita por demás mantener un orden y legitimarlo.

No está demás preguntarse entonces ¿Se aparecía realmente el demonio? Si realmente no era así, ¿cómo se pudo convencer tan profundamente de que sí lo hacía? Estamos frente a unos dispositivos aportados por unos mecanismos mentales que operan para que cierto sistema de fe, de creencias, alcancen el estatuto de experiencia plausible en la vida de cierto grupo social, así se trate de realidades supramundanas que sobrepasan el límite de lo terrenal y científicamente posible.

Para las primeras décadas del siglo XX Pácora continuaba siendo una sociedad pequeña, esencialmente rural, absoluta y fervorosamente católica, costumbrista, cerrada sobre sí misma, alejada de los centros urbanos e

industriales cuya subsistencia depende fundamentalmente de economías domésticas, y con un sistema educativo de mediana cobertura que brinda una alfabetización básica con un muy marcado énfasis moral y religioso. Partiendo de esta realidad es comprensible pensar por qué se sostuvo entre sus habitantes aquel hábito de verosimilitud alrededor de las apariciones demoníacas y su interferencia 'tangible' en la vida de los mortales. La razón parece clara: en definitiva este tipo de grupos sociales sufren en menor medida los embates de la modernidad y, por lo tanto, resisten más al cambio que al fin y a la postre termina siendo el mayor enemigo del diablo.

Raíces de la creencia

El éxito y la popularidad del diablo, que habitaba los pensamientos y sentimientos comunes de la sociedad pacoreña, podría parecer asombroso de no ser por la facilidad con que se propaga una corriente colectiva cuando existe cierta predisposición que aporta la historia particular de cada grupo social, como comunidad. En el caso de Pácora se está frente a unas circunstancias geohistóricas específicas.

La naturaleza de los ejemplos aporta pistas que hacen pensar en un estado espiritual y psicológico determinado, que conducen a concluir que no hubiese sido posible haber creado y propagado leyendas de tal talante sino hubiese espíritus prestos a escucharlos y reproducirlos, y si no hubiese ya el eco de cierta herencia histórica. Los pacoreños de esta época aceptaron al diablo en sus vidas hasta echar raíces profundas en sus mentes en parte gracias a una atávica tradición que remite a todo un pasado tanto ancestral como inmediato de imágenes, discursos, sentimientos y prácticas que permiten que su espectro y los sentimientos que este ser despierta se recreen y se mantenga vivos. No es casual entonces que los relatos de los pacoreños traigan a cuenta componentes venidos desde muy lejos en el tiempo y en el espacio. Elementos iconográficos como: fuego, cachos, pezuñas, cola, oscuridad, profundidades terrenales, además de cierta concordancia con la función social histórica que se le ha atribuido.

En primera instancia se podría pensar en un largo pasado en el que permanecen ciertos elementos psicológicos profundos con los cuales esta fe se nutre y toma su fuerza de resistencia, los cuales remiten a un seguimiento de las huellas que configuran al diablo desde la antigüedad, con aquella maraña de elementos ligados a conceptos morales y relativos sobre el *bien* y el *mal*. En segunda instancia es imprescindible mencionar el papel de la Iglesia Católica en Occidente que, como institución, cuenta con un largo pasado en el que ha echado mano de este ser para ejercer control y legitimar una relación de poder que remite a la Edad Media, la cual trasciende a la historia americana. En términos generales, se está frente a una serie de procesos históricos que, aunque la opinión común de los pacoreños de la primera mitad del siglo XX, creyente del diablo, está lejos de discernir, lo cierto es que repercute a la hora de evaluar la conquista que tuvo el demonio en sus vidas, puesto que como lo refiere Jacques Le Goff, "*Lo que está anclado a una tradición tiene muchas más posibilidades de lograrse(...)*" (Le Goff, 1989, p. 21).

A los pacoreños llega un espectro del diablo históricamente degradado, a partir de toda aquella tradición erudita y popular que se ha presentado de él con mayor o menor regularidad. Es fácil comprender cómo puede aferrarse, así sea a través de formas y propósitos un tanto diferentes a las de sus antepasados. Con una tradición tan profunda y triunfante, las finalidades que se pretendían a través de la evocación del diablo se aseguraban victoriosas, al menos por un tiempo; hasta que la sociedad comienza a sufrir cambios estructurales lo suficientemente fuertes que cuestionaran a los anteriores, poniendo así en riesgo cualquier principio imaginario y mental.

El sentido del diablo: la modulación de los comportamientos y la conservación del *statu quo*

Para la conciencia colectiva de los pacoreños ciertamente no hubiese sido suficiente, como se acaba de referir, con disponer de una creencia muy antigua en la acción eficaz del diablo sobre la vida de los mortales, alimentada por siglos y recreada a través de imágenes, relatos populares y discursos oficiales que, convertidos en su más firme apoyo, habían hecho que el diablo penetrara hasta lo más hondo del imaginario colectivo. Esto está bien como base de partida, sin embargo, es preciso indagar sobre las posibles motivaciones del momento que le permiten a estos impulsos antiguos sostenerse y recrearse; una serie de estímulos nuevos, de nuevas necesidades. Marc Bloch propone: *“Nos es indispensable encontrar una razón, tomada del presente, que justifique un sentimiento que, por otro lado, sólo tenía tanta fuerza porque sus fuentes remontaban a un pasado tan antiguo”* (Bloch, p. 202). ¿Cuál es entonces ese nuevo sentido del demonio en la Pácora de la primera mitad del siglo XX?

La historia a través de sus ritmos causales establece que en un momento específico del tiempo y en un escenario determinado, los hombres tengan las herramientas necesarias para autorregularse, y favorecer las condiciones propicias que permitan que ciertos dispositivos como el demonio puedan surtir efecto partiendo de algunas bases de la psicología colectiva propia de cada pueblo o grupo social. En este caso, el sentido de respeto hacia la autoridad se hacía apelando entonces, y a través del demonio, a fortalecer en el sentir popular en torno a la fe y la legitimidad del principio natural o divino del poder. El diablo se constituía así en la prueba más espectacular de esta legitimidad. Los ejemplos tenían una difusión y llegaban a las personas ávidas de que otras las conocieran, para así justificar unos comportamientos y valores, que traían a cuenta implícitamente unas relaciones de jerarquía y de organización de la sociedad y las relaciones domésticas.

El diablo en Pácora, según se constata a partir de los ejemplos para la época aquí referida, cumple con las dos condiciones principales, necesariamente complementarias, que se presentan sobre este personaje en diferentes contextos geohistóricos: el ‘por qué’ y el ‘a quién’. El ‘por qué’ camina en dirección de convertirlo en un evidente dispositivo de control social; y el ‘a quién’, conduce inequívocamente una vez más hacia ‘el diferente’, aquel que no se ajusta a las normas, a los parámetros socialmente legitimados. En términos más específicos, el diablo se convierte en un elemento de autoridad

sobre un tipo especial de personas: aquellos quienes con sus actos contrarían los principios cristianos de comportamiento y de respeto hacia la autoridad. Aquella autoridad que deviene por un lado, del temor de Dios, representado en el respeto a los dictámenes de la Iglesia, y por otro, de los principios que dan orden a la propia sociedad laica. Aquí está el principal motivo que le permite al diablo aferrarse a la estructura social en este contexto.

Tanto el uno como el otro, tras la efigie del demonio invocaban el sostenimiento de un *statu quo* que confirmaba y legitimaba una potestad a partir de las propias fuerzas místicas y sobrenaturales. Pretender que el diablo castigaba a las personas que violaban los mandatos eclesiásticos y la autoridad social y paternal, es fortalecer en las conciencias la idea de que existen unos principios sociales y unas jerarquías que deben ser respetadas por principio divino y natural. El hálito celestial y sagrado que recae sobre la autoridad hace que faltar a ella atraiga la punición. El diablo se presenta así como la expresión de una cierta concepción, de un mandato supranatural de la noción de la potestad de un poder supremo que se explica a través del conjunto de ideas colectivas las cuales se expresaban vivamente a través de los ejemplos.

La exaltación del poder del demonio sólo fue una manifestación entre muchas otras de aquella tendencia general cuyo sentido no es difícil entender: unas estrategias de control, de cierta manera equivalente a otras. La iglesia recurría a la exclusión, entendida como excomunión, terrenal y por supuesto de ultratumba, es decir, el infierno; la sociedad laica, por su parte, recurre a sanciones sociales como el señalamiento, y al interior del hogar a puniciones domésticas. El diablo se erige entonces como un método de control tanto más sutil como seguramente efectivo.

A los individuos se les equipa de una serie de verdades fidedignas, oficiales que no deben controvertir. El individuo inmerso dentro de esta realidad es el 'engañado', en términos de Pedro Gómez Valderrama, que es aquel "*hombre al cual se le recorta la libertad, se le da solamente una cara de la moneda que le debe servir para conformar todos sus juicios*" (Gómez Valderrama, 1993, p. 165). Inmerso dentro de un sistema que se le presenta como natural, una totalidad que se le ofrece de manera única, irreversible, el 'engañado' no puede elegir más que abrazar las máximas o negarlas, lo que era igual a convertirse en un potencial 'conspirador', que en otros tiempos hubiese sido conducido directo a la hoguera, y que para este contexto, significativamente más benigno, no ha dejado de recurrir a métodos de sanción.

El diablo es un personaje longevo que ha sabido adaptarse a los tiempos y a las sociedades, para lo cual ha ido adquiriendo formas y funciones complementarias. Para el contexto aquí abordado asiste a la que quizás se constituya en su última manifestación terrenal tangible. Una expresión que da cuenta igualmente de su degradación histórica en el marco de una etapa evolutiva bastante larga. El diablo como herramienta de control social ha dejado de ser un dispositivo exclusivo de las autoridades religiosas y civiles, como lo fuera en la Europa moderna y medieval y la Hispanoamérica colonial, para pasar a ser utilizada de manera más doméstica, cotidiana y deliberada por la sociedad en general. Como se podrá advertir a través de los ejemplos

relatados por los viejos pacoreños, las apariciones del diablo para este período hicieron las veces de herramienta de control popular en favor de dos sectores: por un lado, la iglesia católica como institución, con todos sus principios religiosos y morales, por el otro, la sociedad laica, como comunidad o como núcleo doméstico. Ambos igualmente, se abrogan el derecho de señalar y excluir.

Las apariciones diabólicas y la potestad eclesiástica

La iglesia, a pesar del movimiento hacia la secularización desde el siglo XIX, conserva en sus manos muchas de sus dignidades y su autoridad como máxima rectora de su rebaño. Ahora bien, aunque para las primeras décadas del siglo XX el poder de la iglesia sobre una sociedad como la paísa es demasiado fuerte, es sustancial considerar que sus estrategias de control han tenido que ir amoldándose a una sociedad en proceso de secularización. Si bien perviven formas de castigo como la exclusión del sacramento eucarístico, la privación de la sepultura eclesiástica (entierro en el muladar) y la negación de bautismo para hijos denominados 'naturales', lo cierto es que ya no se conciben métodos de control antiguos como la hoguera, o decimonónicos como el escarnio que se realizaba con los denominados pecados públicos, pegando en las puertas de las iglesias la lista de los infractores. El uso del diablo, siguiendo la lógica de este proceso, tiende a hacerse cada vez más sutil.

A través de las apariciones diabólicas, la iglesia en este contexto pretendió defender muchos de los principios básicos de la doctrina, cuya trasgresión se constituía en amenaza: la santificación de las fiestas, el peligro del pecado mortal y sus consecuencias, la necesidad de la oración, el riesgo para el alma que existe en las diversiones y placeres mundanos, los peligros de la ilustración y la modernidad con todo su ideario, entre otros. Por medio de esta serie de premisas la iglesia no sólo pretendía defender una serie de valores específicos, sino que además ponía en juego colateralmente, su reconocimiento como máxima rectora de la sociedad que merece la obediencia de todos. A continuación se presenta un relato narrado por María Noemí Marín Morales que da cuenta de la necesidad de la iglesia por sostener las máximas espirituales:

Un hombre que le gustaba mucho trabajar era de noche, entonces una voz se le apareció y le dijo: "trabaja de día que la noche es mía". Y era el demonio. Al hombre no le gustaba sino trabajar de noche y el día se lo pasaba durmiendo. Entonces oyó una voz que le dijo: "trabaja de día que la noche es mía". Y muchas personas se acostumbran a trabajar los días festivos, ¿cierto? Si va a trabajar uno el día festivo, primeramente escuche la santa misa, y eso que tampoco ganando plata, sino en trabajitos de la casa, pero después de que escuche la santa misa².

La doctrina cristiana ha sido enfática en señalar que existen unas dinámicas de vida que se enmarcan ya sea desde los principios netamente religiosos o de los propios ritmos de la naturaleza que deben ser respetados. Faltar a

² ENTREVISTA con María Noemí Marín Morales. Pacoreña de 80 años de edad. Pácora, Caldas, 7 de Agosto de 2007.

prescripciones de este tipo propician la aparición el demonio, cuyo propósito es no dejar impunes tales transgresiones. El anterior exempla pone en juego una serie de símbolos interesantes acerca del calendario del buen católico. En primera medida, invoca el sometimiento a unas dinámicas naturales y divinas que organizan el mundo; aquellas leyes que sentencian entre otras cosas que la noche es para descansar y el día para trabajar; y, por otro lado, aquella máxima que sentencia que el domingo es para dedicarlo a los actos litúrgicos y piadosos, no a los placeres mundanos, ni al interés pecuniario. Ligia Orozco Muñoz recuerda un exempla muy similar, que propende por el respeto al sagrado compromiso dominical, el cual le llegó, según ella, por boca del propio protagonista:

Él se iba a cazar, llevaba las escopetas, perros y todo eso. A cazar animales... y entonces, disparaban, se pasaba el conejo o lo que fuera; y disparaban y eso no les quemaba ni nada, y cómo le parece que de pronto se les abría la tierra y se caían allá en esos huecos entonces a uno lo cogió y se lo tragó la tierra y vaya a ver, lo tiraban para abajo, y ellos bregando a sacarlos y que no eran capaz con él, no eran capaz de sacarlo de allá. Y yo no sé al fin que les pasaría dejando a ese señor allá o qué. No se si se lo tragó la tierra... Por eso, porque se iban a cazar sin ir a misa ni nada... Un domingo. El día domingo es muy sagrado... y entonces el diablo estaba muy volantón³.

Los domingos son un día clave para los campesinos. Viajan al pueblo desde temprano para comercializar sus productos, mercar, y asistir a la Eucaristía. La iglesia fue celosa en el cuidado de esta costumbre, y la mentalidad religiosa de muchas familias lo hacía valer, pero eran habituales los casos de violación. Uno de los más recurrentes corría por cuenta de los desórdenes de algunos hombres que aprovechaban la salida al pueblo para visitar las cantinas donde se fusiona una trilogía moralmente peligrosa: licor, juegos de azar y *mujeres de la mala vida*. En estos casos también se apareció el diablo. A continuación Mariela Loaiza comenta un exempla el cual propende por la protección de la espiritualidad que cultive sanamente el alma de todo buen católico:

Una vez... don carreritas tenía una finca de la carretera pa'bajo y de la carretera pa'arriba tenía un cafetal y eso... allá vivían los papás de él que se llamaba pablito y joaquinita, los padres de él; entonces él se fue a descerezar un café... bueno, y ya lo que acabó de descerezar el café la mamá le dijo que fuera a rezar el Rosario antes de irse y él no quiso... dijo: "no, no, no, me coge más la tarde para irme yo me voy mejor...". Y le dijo: "no, camine reza el Rosario", y él no quiso; y por allá en una parte dizque la travesía, le llaman la travesía, un camino, donde hay un portillo ahí cuando él iba llegando ahí, y se metió un perro negro por debajo de los pies y se elevó con él por el aire y quesque fue a descargarlo de la carretera pa' bajo en un monte dizque era gritando y que la gente salía a decir Ave María Purísima y lo largó y al otro día apenas vino a aparecer⁴.

Este exempla es propicio para apelar a la sensibilización alrededor de la importancia de conservar la costumbre de rezar el rosario, una práctica sumamente espiritual y difundida, pero cuyas largas sesiones provocaban

³ ENTREVISTA con Ligia Orozco Muñoz. Pacoreña de 72 de edad. Pácora, Caldas, 12 de Agosto de 2007.

⁴ ENTREVISTA con Mariela Loaiza. Pacoreña de 64 años de edad. Pácora, Caldas, 2 de agosto de 2007.

pereza y monotonía, principalmente en los jóvenes. La oración es capital para el sostenimiento de la fe, tal y como lo ha insistido la doctrina. A través de ella se obtienen la gracia, la fuerza del hombre contra la tentación y se consigue la protección ante el maligno. Es por ello que a menudo los relatos de los pacoreños alrededor del diablo son recurrentes en este sentido.

Por otra parte, la iglesia sostenía una serie de preocupaciones que dan cuenta de las presiones externas que venía padeciendo en busca de sostener su ortodoxia. En el siguiente ejemplo, narrado por María Noemí Marín Morales, se pone en juego lo que desde siglos atrás se conoce como *libros malos*:

El diablo si existe. Existe. Porque aquí en Pácora conocí yo a un señor Marcelo... Mire que tenía una mujer mala y él era malo tenía libros malos; y ella era mala, la mujer que tenía. Él tenía la mujer por allá muy lejos, entonces la mamá le encontró el libro. Le localizó el libro malo, la mamá le quemó el libro, los libros malos se los quemó la mamá; que él no tenía por qué tener esos libros tan asquerosos, que se lo iba a llevar el demonio; que se lo va a llevar el diablo, el muchacho le contestó muy horrible a la mamá, pero muy horrible, cuando menos pensaron hizo un huracán, muy horrible en el patio, en olas de huracán, y se lo alzó pero se lo llevó por el aire. Lo descargó al patio donde tenía la mujer. La mujer mala. Cuando lo descargó, ya era un monstruo. Totalmente un monstruo con los ojos al revés, la lengua salida, los labios golpeados, y las manos así... un monstruo y todo rasgado; de las uñas del demonio cuando lo agarró porque, lo volvió pedazos y ya así quedó, así quedó él (...)⁵.

Ya desde las épocas inquisitoriales europeas, la iglesia venía propendiendo por la depuración de la ortodoxia cristiana regulando la libre circulación de literatura que, de acuerdo a Roma, atentaba contra la doctrina. Esta preocupación se traslada a América durante la colonia y trasciende hasta el siglo XX, época en la cual la jerarquía eclesiástica continúa convocando a su feligresía para que se cuide de leer cualquier tipo de texto que atente en contra de los principios que impone el catolicismo.

De acuerdo a los ejemplos algunas de las apariciones del diablo están relacionadas con la lectura de lo que denominan tanto popular como oficialmente por la iglesia: *libros malos*, aunque el primer grupo no tiene una idea muy clara de qué se tratan exactamente tales libros; al parecer a ellos simplemente llega una advertencia degradada y un poco difusa de la que simplemente hacen eco. Han oído hablar de ellos, y de su contraproducción para el alma, por lo tanto entienden que su lectura esta prohibida.

A menudo no se trata más que de todos aquellos textos que, imbuidos en los principios liberales y seculares, declaran ideas contrarias a la ortodoxia cristiana, como por ejemplo el aval al matrimonio civil y el divorcio. De igual manera condena a la novelas, como fingidas narraciones que ponen en escena un grave daño a la moral pública y privada. Este tipo de géneros literarios, de acuerdo a la iglesia, sostienen herejías, errores, impiedades u obscenidades que atentan en contra de la fe, la moral, o la piedad cristiana.

⁵ ENTREVISTA con María Noemí Marín Morales. Pacoreña de 80 años de edad. Pácora, Caldas, 7 de Agosto de 2007.

Las apariciones diabólicas, el señalamiento social y la autoridad paterna

La sociedad, laica, por su parte, echa mano del diablo tanto para sancionar a nivel social amplio, como doméstico. En lo que respecta a la primera, ésta homogéneamente católica, pretende a través del diablo defender la espiritualidad y los principios cristianos aplicados a la vida cotidiana, y por ello quien subverta estas máximas es sujeto de la murmuración y el señalamiento. En lo que respecta a los padres de familia, además de propender a nivel doméstico porque sus hijos conservaran su fidelidad a la iglesia católica, igualmente apelaba al diablo para invocar el principio de obediencia y respeto a su autoridad en las situaciones del diario vivir hogareño que lo ponían a prueba.

Los ejemplos que sugieren la utilización del diablo por parte de la sociedad están relacionados con los comportamientos privados que en una comunidad tan pequeña terminan volviéndose públicos y, por lo tanto, censurables. Entre ellos se tiene: el correcto y armonioso sostenimiento de la familia, la celosa vigilancia del alma alrededor de los ritos católicos, la necesidad de sostener un espíritu bondadoso con el prójimo, la guardia de la pureza y la castidad de las mujeres, entre otros. A continuación se presenta el relato de Roberto González Vera, a través del cual es posible percibir el ojo vigía de la sociedad sobre los comportamientos privados, juzgados colectivamente como anormales.

La historia fue que a ése señor lo había dejado la mujer ¿cierto? Y antonces estaba viviendo con una hija... cuando por la tarde se le aparecía a la seis y media un perro negro; un perro negro se le aparecía allá y dijo: “voy a ir por la escopeta ¡ eeeh!, este chandoso haciéndome daños”, y mentiras que era el diablo que lo estaba, cuidando a él, y estaba en un zarzalito en un potrerito de ahí pa’ bajo... yo pasaba por ahí compañerito... un ventarrón el verriondo y dije: “vea que si es pecado”. Estaba viviendo con una hija él... el diablo lo estaba era... dándole vuelta todas las tardes... Porque es pecado uno vivir con una hija... antonces yo pasaba, cuando un remolino en un zarzal... Antonces pasaba yo por ahí a coger el carro... cuando una tiembla, tiembla, oiga, la verriondera... y apenas yo decía: “santo Dios, santo fuerte, santo inmortal... por los tres dulces de Jesús, José y María líbranos de todo mal amén”, y ahí mismo se desaparecía... y decía yo: “para que vea que si lo está persiguiendo el diablo”. Él (el diablo) subía a las 6:30 todas las tardes y a lo último tuvo que dejar la hija y irse a conseguir una señora y que la hija se fuera a trabajar porque no ve que ya le contaban la historia... porque es pecado y ahí lo está cuidando el diablo. Antonces ya tuvo que dejar la hija y conseguirse otra señora...⁶.

La jerarquía eclesiástica exhorta a sostener el matrimonio como principio fundamental de toda familia, reafirmandolo como santo y recomienda a los párrocos instruir a sus fieles en la necesidad de este sacramento y la responsabilidad con que debe ser asumido. Las contravenciones, sin embargo, al parecer estaban a la orden del día. El anterior ejemplo describe algunas de las desobediencias a la santidad de la unión marital que la sociedad ha interiorizado y castiga con la murmuración y el señalamiento. Este ejemplo pone en juego una falta múltiple: una separación, un posterior amancebamiento, y la no menos grave falta contra la naturaleza divina que

⁶ ENTREVISTA con Roberto González Vera. Pacoreño de 67 años de edad. Pácora, Caldas, 4 de Agosto de 2007.

constituye el incesto al interior del cristianismo, y en general, en la cultura occidental.

A continuación, Rafael Antonio Restrepo Arias relata otro ejemplo en el que se ponen en juego elementos que despiertan suspicacia social, que son por demás reiterativos en la historia oral de esta región:

Decía la gente que el tipo que tenía un entierro le hacía el hoyo, lo enterraba y que decía bueno: "aquí te entierro y aquí te tapo, el diablo me lleve si yo te saco". Entonces una vez oí hablar de un señor Don Floro Gutiérrez que tenía una casa aquí por donde es el platanal... aquí en Pácora. Aquí por la carrera tercera. Entonces una vez decía la gente que sabían que don Floro Gutiérrez tenía un entierro en el solar de la casa y entonces lo veían cuando visitaba el entierro todas las mañanas. Y una vez dizque un cliente estuvo velándole el sueño, poniéndole cuidado a ver cuando el don Floro Gutiérrez se iba para misa, y ahí mismo metió carrera, el cliente que fue a sacarle el entierro, es que metió carrera allá con una pala a destapar el hoyo cuando don Floro ahí sentado, en donde estaría el entierro. Entonces no tuvo más que volverse otra vez y resulta que don Floro estaba en misa y el demonio era el que le estaba cuidando el entierro y ahí dicen que, que la gente o ¿cómo le dijera yo?, que los ricos los que iban a hacer un entierro hacían el pacto con el diablo y entonces les cuidaba el entierro y entonces por el diablo no podían sacárselos⁷.

Don Rafael Antonio ofrece un ejemplo interesante para comprender esta problemática relación entre un buen cristiano y el atesoramiento de las posesiones materiales. La iglesia ha sido enfática en procurar que los fieles distingan entre los bienes temporales y los eternos. Reconoce que poseer bienes materiales es un derecho natural al hombre, sin embargo, éste debe aprender a darle un uso social a este privilegio, esto es, tener la capacidad de desprendimiento para facilitárselos a otros cuando éstos lo necesiten.

El rico entonces, y como lastre de la tradición medieval, está en condición de ratificar su entrada al cielo bajo el inestimable mérito de la generosidad y el desprendimiento a través de obras pías, donaciones, limosnas al prójimo y a la iglesia, y en general, de todo signo que ponga de manifiesto la capacidad de renuncia a los bienes terrenos. Por el contrario cualquier señal de mezquindad y apego a los bienes materiales es por antonomasia síntoma de inspiración demoníaca. Un acto tan miserable como enterrar dinero en lugar de destinarlo a obras ennobecedoras que engrandezcan el alma, de acuerdo a los postulados evangélicos, sólo podría estar auspiciado por el diablo y se paga, de acuerdo a la tradición oral, con la imposibilidad del alma por trascender luego de la muerte, atada a lo que deja oculto.

De igual manera, la iglesia condena las diferentes expresiones de placer terrenal, pues en ellos habita el diablo cumpliendo con su función esencial de incitar a los hombres a desbordar los límites de todo aquello moralmente permitido. Para poder contrarrestarlo, se convoca a la feligresía a vivir una vida ascética, casta, sumisa, de privaciones y penitencias; de mortificación y resignación, de arduo trabajo, cuyo premio estaría después de la muerte en un

⁷ ENTREVISTA con Rafael Antonio Restrepo Arias. Pacoreño de 89 años de edad. Pácora, Caldas, 6 de Agosto de 2007.

más allá, pleno de gozo, en contraste con los pecadores, discípulos de Satán quienes regocijados en los placeres terrenales, aguardarán por una vida de eternos sufrimientos.

El diablo, seductor por antonomasia, está presente en la mayoría de las expresiones de gozo terrenal: el juego infantil que distrae la atención de las obligaciones, el juego adulto y las apuestas, el sueño y la pereza, el licor y los fandangos, y, por su puesto, la libre o incorrecta apropiación y expresión de la sexualidad. El clamor de la iglesia es claro a la hora de convocar a la feligresía a despreciar los bienes y los placeres terrenales como emblema de la felicidad. Aquí una de aquellas transgresiones en el relato de Ligia Orozco Muñoz:

Iban dos señores muy borrachos, borrachos... y que entonces que había un niño esque en la calle, un niño de brazos y entonces lo recogió el borracho y se lo llevó y en medio del camino le dijo: papá, tengo dientes. Y ahí mismo ese señor al que le dijo: tengo dientes, el niño tenía dientes, ahí mismo lo largó, pues dónde han visto que los niños tengan dientes... chiquitos no; tan pequeñitos no... Claro, el diablo se le apareció. Eso es que digo yo que era el diablo. Pues cómo sería el miedo que le daba, ahora tiempos le daba a uno mucho miedo de muchas cosas. (...) ⁸.

Tanto la iglesia como la sociedad (la segunda quizás por inspiración de la primera) desprecian los fandangos y el licor. La doctrina reconoce en el abuso de las bebidas embriagantes un vicio que causa daños graves a la sociedad y la familia. En Colombia, desde la colonia se vienen proscribiendo las chicherías y todas las inmoralidades que en ellas se engendraba. El licor arruinaba moral y materialmente, y por ello, desde los sermones y las conferencias episcopales se está instando a controlar su consumo.

Por otro lado, en lo que respecta a las apariciones del diablo a nivel doméstico, este fenómeno busca legitimar la relación jerárquica alrededor de la potestad paterna. El desacato a la autoridad familiar por parte de los infantes, es por antonomasia un desafío a los principios naturales y religiosos que hacen a los niños una de las víctimas predilectas del diablo. Se trata en general de una serie de prácticas y comportamientos cotidianos que ponen en juego el respeto, la reverencia, el reconocimiento a la figura de autoridad, las cuales no se podían subvertir. El desacato a la potestad de los padres devine de dos aristas: por un lado la resistencia relacionada con las órdenes alrededor de los quehaceres domésticos, y por la otra, la negativa de aceptar las máximas cristianas. A continuación Roberto González vera trae a cuenta un exempla que habla de la necesidad de tal respeto:

Un sobrino mío... resulta que a ese muchacho era muy trabajoso pa' comer antonces comía solamente arroz sudado con huevo y carne, antonces le dijo la mamita mía, la mamá mía, ¡he ave maría! porque le llevó un almuercito de... un almuercito de yucas y plátanos, dijo: "no, métase eso culo arriba, eso pa' qué yo... métase eso culo arriba... yo pa' qué eso...". Diciéndole a la mamita esas palabras; antonces dijo: "cuidado tatabrón...", como decían ahora años, "cuidado tatabrón como y se lo alza el diablo, cuidado grosero como se lo alza el diablo".

⁸ ENTREVISTA con Ligia Orozco Muñoz. Pacoreña de 72 años de edad. Pácora, Caldas, 12 de Agosto de 2007.

Preciso; nos fuimos por una yerba, por un pasto para cuidar unas bestias, oiga compañerito cuando un remolino en un palo y tronando... tronando y tirando tacos allá oiga y dije: "Virgen, diga: santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, por los tres dulces Jesús, José y María líbranos de todo mal amén". Y nos arrodillamos compañerito, nos arrodillamos ya se fue desapareciendo ya a lo que rezamos que ya se arrodilló el muchacho y dijo: "vea mijo que si era cierto lo que le dijo la mamita, que cuidado cómo se lo alzaba el diablo y le salió cierto, arrodílese". Y lo hice rezar, arrodillar y se fue desapareciendo compañerito y ya se fue desapareciendo y ya él quedó temblando con miedo el muchacho se quedó temblando con miedo claro, vea mijo que uno no puede ser grosero con la mamita. Quedó temblando de miedo⁹.

Exemplas como éste retratan una serie de prácticas y comportamientos cotidianos que ponen en juego el respeto, la reverencia, el reconocimiento a la figura de autoridad, las cuales no se podían subvertir. La relación de poder es clara; el establecimiento de las jerarquías en la cual siempre habrá una subalternidad que exige traer a cuenta preceptos como humildad, resignación y sumisión, principios básicos de la doctrina cristiana.

La lección, al final, de acuerdo a don Roberto, queda aprendida. Los niños groseros que escuchan estos ejemplos aunque no les suceda directamente, tienden a corregirse. Este era al fin y a la postre la razón de ser de estas historias. En seguida Uriel Marín relata un ejemplo similar que deja en claro la punición:

(...)Lo que contaba mi papá, ahora años... que a un señor don Marco Gutiérrez, cuando él estaba joven, se puso a disgustar con los padres. Con el papá y la mamá. Estaban cogiendo un... un maíz y allá antes de irsen a coger el maíz, el muchacho comenzó a discutir con ellos, con los padres; entonces, la discusión fue como tan larga, como tan apurada, en tanto extremo, que el muchacho dizque los desafió con un machete pues a pelear ¿cierto?. Y en eso un huracán, el muchacho ya tenía para este momento un canasto terciado para irse a coger maíz y luego, luego es que en esas llega un ventarrón y es que elevó a ese muchacho lejos por allá... cayó a un moral; y que dijeron que eso había sido el diablo. Eso le cuento que contaban mi papá y mi mamá¹⁰.

Los ejemplos en los que aparece el diablo están colmados de ejemplos en los que los hijos no sólo desconocen la autoridad paterna, sino que se sublevan ante ella. Pocos pecados son tan funestos a la vista de la doctrina. Controvertir el debido respeto que merecen los padres es equivalente a irrespetar la autoridad divina. Al ser la potestad paterna un mandato celestial, contrariarla significa desconocer una ordenanza de Dios. La advertencia es clara y explícita y sospechosamente referida por los propios padres, tal y como lo refiere María Luz Dary Gil:

Mis papás me decían vea ustedes no pueden desobedecer porque el diablo se los traga y si a ustedes se los traga la tierra eso... los papás van a ir a sacar los hijos y el diablo los tiene cogidos de los pies abajo y entonces uno va a jalarlos y el niño dice: -¡no hale, no me hale, que me... me están rasguñando, me están

⁹ ENTREVISTA con Roberto González Vera. Pacoreño de 67 años de edad. Pácora, Caldas, 4 de Agosto de 2007.

¹⁰ ENTREVISTA con Uriel Marín. Pacoreño de 70 años de edad. Pácora, Caldas, 7 de Agosto de 2007.

rasguñando!- Que entonces tenían que llamar un cura y que el cura viniera y entonces le echaba bendiciones y le tiraba agua bendita y así si lo soltaba y ya...¹¹.

Es de esta manera como la figura del diablo asume este rol social, bastante popular. A través del diablo se pretenden regularizar, normalizar, legitimar unas relaciones sociales funcionales a las estructuras históricas y de valores de esta comunidad. Para el período aquí referido el diablo lucha por aferrarse en una sociedad en transición y lo consigue, esta vez en manos aún de la iglesia, aunque de manera más sutil, y de la autoridad paternal y del ojo vigía social, que no es más que el poder de cuestionamiento de la comunidad hacia adentro. Ellos hacen acopio de los ritos y las tradiciones apropiadas alrededor del diablo para poner de relieve la necesidad de respetar la autoridad. Es así como para este contexto el diablo no se extingue; la antigua idea sobrevivió, resistió sólidamente y se redefinió adoptando formas audaces y sosteniendo intenciones nuevas.

El demonio: la historia y la dualidad de una idea

De acuerdo al discurso teológico el diablo, por definición natural, personifica al enemigo ingénito de Dios; es decir, del bien, de lo deseable y lo correcto. La etimología de las denominaciones más antiguas con las que se le conoce corroboran la razón de ser de este personaje: en griego, el término 'diábolos' significa acusador, calumniador; entre los hebreos 'stn' (Satán) designa oponente. El diablo termina encarnando la representación del mal absoluto que ha acompañado a la humanidad desde tiempos inmemoriales. A primera vista esta parece una idea sobre la que existe consenso, no obstante si se analiza el diablo a la luz de los anteriores ejemplos podría plantearse una conclusión diferente.

Los analistas seculares han sacado sus propias conclusiones acerca de este personaje que sientan algunos principios que permiten entender su carácter desde otra perspectiva. De acuerdo a Georges Minois, por ejemplo, el principio básico sobre el que se sustenta el diablo deviene como *“resultado de los esfuerzos de la mente humana para encontrar una explicación lógica al problema del mal”* (Minois, p. 11). Bajo esta perspectiva, el diablo termina haciendo parte de la propia explicación que sustenta la misma existencia y el sentido de Dios. Esta afirmación toma más sentido cuando se evalúa uno de los grandes interrogantes sobre la existencia del mal que desvelaban al mismo San Agustín en la Alta Edad Media. De acuerdo a Minois los monoteísmos no pueden prescindir del diablo porque *“si hay un dios único, ese Dios es el origen de todo, tanto del bien como del mal; la única forma de evitar ese escándalo es encontrar un subterfugio que permita explicar cómo es posible el mal. Ese subterfugio es el diablo; no hay otra salida. Aunque todavía habrá que explicar la forma en que un ser inferior ha podido perturbar de ese modo a la creación del todopoderoso”*¹². Se concluye así, que el diablo termina siendo para la

¹¹ ENTREVISTA con María Luz Dary Gil Loaiza. Pacoreña de 55 años de edad. Pácora, Caldas, 15 de octubre de 2007.

¹² ENTREVISTA con María Luz Dary Gil Loaiza. Pacoreña de 55 años de edad. Pácora, Caldas, 15 de Octubre de 2007.

iglesia un mal necesario; sólo él es capaz de absolver al creador de la existencia del mal. La conclusión, entonces, aparece tan clara como paradójica: sólo el diablo puede salvar a Dios.

Bajo esta perspectiva, podría pensarse que el diablo pasa de ser el enemigo de Dios a convertirse en su mayor aliado; en la principal motivación que justifica la adhesión a él, como representación de lo bueno, lo normal, lo deseable, lo correcto. Es de esta manera como puede pensarse entonces, a este ser en manos de la Iglesia católica como un instrumento que apoya el plan divino salvador sobre los hombres pues, al fin y a la postre, se constituye en una herramienta que favorece el reforzamiento de valores y la cohesión de las comunidades alrededor de la Santa Madre Iglesia, abanderada de los designios divinos.

El demonio como personaje está ligado a la noción de pecado, el cual, a su vez, dentro de la cosmovisión cristiana, está adherido a la idea de sanción. El diablo, entonces, es funcional al sistema cristiano del 'más allá' como un mundo bipolar de premio y castigo. Bajo esta perspectiva este ser supramundano refuerza el proyecto de Dios para con los hombres. Con el diablo, la iglesia pone en juego un gran instrumento de poder espiritual evidentemente importante para una institución que una vez más se abrogaba su papel de director de prácticas y costumbres sobre los miembros de la iglesia militante. El diablo se convierte así en una herramienta de poder espiritual que trae a cuenta de esta manera elementos tanto espirituales que hablan de salvación o condenación eterna, en aquel etéreo más allá, como de elementos materiales terrenales que regulan las relaciones y los actos cotidianos.

Dar a conocer los castigos que el diablo podía causar cuando se aparecía ante cualquier contravención sensibiliza las conciencias. En últimas, qué mejor medio para la iglesia y algunos sectores de la sociedad para hacer dóciles a sus instrucciones y modelos de comportamiento, que evocando desde el más acá los escarmientos que pueden aguardar en el más allá en caso de desobediencia. Los pacoreños de la primera mitad del siglo XX, lo supieron muy bien. Para ellos el diablo a menudo se escabulle de aquella oscura dimensión ultraterrena colándose en el 'más acá' para recordarles a los individuos que deben rezar, limosnar, ir a misa, realizar obras pías, ser obedientes, humildes, temer a Dios.

Referencias bibliográficas

Gómez Valderrama, Pedro. (1993). *Muestras del Diablo*. Bogotá: Colcultura-Altamir Ediciones.

Le Goff, Jacques. (1981). *El Nacimiento Del Purgatorio*. Madrid: Editorial Taurus

Minois, Georges. (2002). *Breve Historia del Diablo*. Bogotá: Editorial Planeta.

Bloch, Marc. (1988). *Los Reyes Taumaturgos*. México: Fondo de Cultura Económica.